

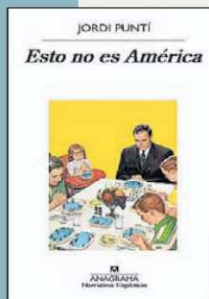


Dedos de claqué

Salirse del ruido con un libro; meterse dentro del tiempo de un cuento para viajar todos los días por la misma carretera, y descubrir una odisea diferente; adentrarse en un retrato sentimental que revelamos como un documental de época en la que reconocemos. En cada una de estas opciones el lector disfrutará de un lenguaje que nada tiene que ver con las palabras en llamas, manipuladas o sucias del exterior que nos acosa. Qué pena que la permanencia en un libro de cuentos no dure tanto como una novela para poder mudar de piel y de esperanza dentro de él. A mí, personalmente, el último de Jordi Puntí me evadió del ruido en batalla de lo real en quiebra durante las horas en las que uno viaja en autobús de afuera al horizonte, de afuera hacia dentro y de dentro de la escritura al fondo de la memoria donde se despierta la imagen de un recuerdo. Una abstracción deleitosa, que serena cualquier ánimo y te dibuja una larga sonrisa, entre la nostalgia sin echarla de menos y los referentes de una identidad compartida con elementos de una cultura pop: un Renault5, un *walkman*, una discoteca en la que fumar entre deseo y copa, cines de pantalla que no existen y canciones de una época cuya voz fue Bowie. Esto sucede en los cuentos de *Esto no es América* en los que Jordi Puntí aborda relaciones entre hermanos, mundos que desaparecen, amores perdidos, jugadores de casino, personajes de sí mismos, amantes de otoño, un conjunto de personas averiadas en sus emociones y en busca de reengancharse a una vida que ha perdido el sabor y el ritmo, y sólo es un estribillo de memoria, un silencio hacia adelante, el cromo amarillento de un pasado cuya promesa no fue del todo. Por eso, este libro de Puntí tiene aroma de evocación, una leve capa de tristeza como la del rocío que amanece y que en unas historias se desvanece descubriéndole al lector una realidad muerta, y otras se convierte en un resplandor, formando todas parte del mapa de una Barcelona personalizada.

ES DIFÍCIL QUEDARSE CON UN SOLO CUENTO de estos cuentos que aún siendo diferentes se enhebran en un universo común: la consciencia de buscarse a sí mismo, el miedo a ser invisible o traicionado, la sensación de haber existido en un instante glorioso del que sólo queda una sombra. El mismo hilo que también trenza la atmósfera poética de estas piezas sutiles, levemente lentas, no acabadas en su final del todo, con aire *vintage* y un susurro de ternura en el relato entre amigos perdedores con un coñac en la mano. Igual que si cada cuento fuese una confidencia que sacudirse para conjurar la suerte que uno quiere cambiar de sino, narradas con un pellizco de Claqué entre los dedos. Es difícil porque todos son hermosos en su melancolía y lirismo. El del viudo alcohólico que dibuja el nombre de su mujer en las calles por donde busca sus pasos. Auster y *Días de vino y rosas* de fondo y en pareja. El del tipo que seduce chicas en estaciones de tren o el de los hermanos que ajustan su pasado a cuentas de un riñón de más o de menos. El del matrimonio en crisis que propicia un viaje por mar donde volver a descubrir la pasión y el fracaso de un cantante de barco. El de la canción pop que despierta la necesidad de encontrar a una mujer.

Y me quedo especialmente con dos joyas maravillosas: las del autoestopista cuatro veces a la semana, durante 15 años, en la misma carretera, con el misterio de su maleta y las diferentes situaciones y posibilidades que vive como si fuese el fantasma de una curva en mitad de la vida. Y el cuento del hombre que busca culminar el sueño erótico, en una noche entreabierto y guiño húmedo, con la madre sueca de su mejor amigo. Una historia magnífica, tal vez con la anterior, las dos mejores, sin desmerecer al resto, de este libro con el que Jordi Puntí nos vuelve a deslumbrar con las luces cortas y a media voz, mientras nos fugamos de nosotros mismos.



JORDI PUNTÍ
Esto no es América
ANAGRAMA, 16,90 €.